

O R I G I N A L E S

El sentido Antropológico de la Homosexualidad Masculina

Dres. Juan Coderch y Juan Vilaltella

El hombre —y lo propio ocurre con la mujer— es un ser fundamentalmente sexual. Con esta afirmación queremos significar que la sexualidad no se reduce en el hombre a las relaciones eróticas con el otro sexo, sino que informa todos los actos de su vida, desde los más elementales y fisiológicos (vrg. la forma de orinar) hasta los más complejos y trascendentes. La persona humana es siempre persona sexual, y piensa, actúa, se relaciona con los demás, ama, odia y construye su vida sexualmente, es decir, como hombre o como mujer. El impulso erótico hacia el sexo opuesto no es más que una de las manifestaciones —quizás la más aparente y concreta— de la sexualidad, siendo la genitalidad, a su vez, uno de los aspectos de este erotismo. Constituye un grave error confundir la sexualidad con el erotismo y, por tanto, asimilar la homosexualidad con el homoerotismo. Es indudable que los impulsos eróticos hacia los individuos del mismo sexo constituyen el síntoma más aparente de la homosexualidad, y aun el síntoma responsable de que jueces y psiquiatras se ocupen de ella, pero atribuir a tal síntoma una importancia exclusiva sólo conduce a desfigurar el verdadero sentido del cuadro. El homoerotismo es, en realidad, el complemento lógico de la homosexualidad, es decir, de un estado en que la sexualidad que conforma totalmente la vida del individuo no es la que corresponde a su propio sexo, sino la que pertenece al contrario. Lo que importa tener en cuenta es que la esencia de la homosexualidad no es el impulso erótico hacia los seres del mismo sexo, sino el rechazo del vivir sexual que auténticamente corresponde al individuo. Dicho de otra forma, un hombre no es homosexual porque le inspiran horror los genitales femeninos —según una esquematizada fórmula psicodinámica— sino que le inspiran repulsión los genitales femeninos por que él mismo ha rechazado el papel viril que le pertoca.

El afeminamiento en el homosexual.

Por afeminamiento no queremos significar la grotesca caricatura de feminidad representada por el homosexual de afectados andares, cabello ondulado y teñido, estudiada pose y más o menos manifiestas tendencias transvertistas. El afeminamiento a que nos referimos no es el conscientemente adoptado, sino

el profundamente inconsciente, que sólo se pone de manifiesto en el curso de la psicoterapia. La existencia de tal afeminamiento explica la extraordinaria facilidad que los homosexuales tienen para reconocerse entre ellos casi instantáneamente incluso en el caso de que permanezcan completamente extraños entre sí. En muchos casos estos hombres desprenden una tan sutil aura de feminidad que se hace difícil describirla en palabras. Puede consistir en la forma de sostener la cabeza, en la inflexión o en el tono de la voz, en la manera de manejar las manos, en sus actividades en general o en la forma de fijar la mirada. Incluso el observador experimentado no siempre acierta a descubrir cuáles son los rasgos de los que emana tan inefable expresión de feminidad. Al través del análisis de la historia vital del enfermo, sin embargo, es posible extraer gran cantidad de elementos que explican y subrayan la impresión inicial. Debe hacerse notar que desde un punto de vista subjetivo, la mayor parte de los homosexuales se sienten horrorizados si observan en sí mismos algún rasgo de apariencia femenina, e intentan lograr que tal manifestación pase desapercibida a los demás.

Durante la psicoterapia afloran una y otra vez episodios, fantasías, sueños, recuerdos y deseos, formas de conducta, reacciones y sentimientos propios de la orientación femenina en el adulto homosexual. Aunque no podemos detenernos en un examen detallado de este proceso, trataremos de enumerar brevemente algunos de los elementos que coadyuvan a él. Así, los padres que se sienten disconformes con el sexo de su hijo pueden manifestar sus deseos tan sutil pero inequívocamente que el niño se sienta obligado a satisfacer el deseo de sus padres. La fuerza del impacto de las actividades parentales manifestadas no en forma expresa y directa sino oculta bajo el doble sentido de frases, gestos u observaciones aparentemente intrascendentes o de significado opuesto posee considerable importancia. Esta fuerza puede ser una energía lo suficientemente poderosa para apartar al niño de su propio sexo. Los olores agradables o desagradables pueden atraer tempranamente hacia el sexo opuesto o, por el contrario, producir una impresión de desagrado ante aquél, y, dado que el sentido del olfato posee primordial importancia para el impulso sexual, su impacto es lo suficientemente grande como para simbolizar en adelante la atracción o repulsión sexual. Los dorados rizos que excitan la admiración de las madres pueden quedar grabados en la mente del niño y seguir ejerciendo su efecto mucho tiempo después de la desaparición de tales adornos capilares. Dominando todas estas impresiones existe siempre la necesidad de sentirse querido y, especialmente, a salvo en un mundo poblado de aterradoras criaturas que pueden ridiculizar y atemorizar al niño.

Encontramos fantasías masturbatorias, en las cuales el masturbador asume ya sea el papel masculino, ya sea el papel femenino. Hallamos también inte-

rés por las ropas femeninas y uso de las prendas íntimas maternas; evitación de los muchachos y de los juegos propios del sexo masculino prefiriendo ayudar a la madre en las tareas propias de la casa; maniobras tales como esconder el pene entre los muslos para simular el área pública femenina, orinar sentado en lugar de hacerlo de pie; jugar con muñecas y preferir la compañía de niñas, etc.

Basándose en el comportamiento de ciertos homosexuales que se manifiestan abiertamente con maneras femeninas, siendo completamente conscientes de este hecho y aun complaciéndose en él, se ha creído, erróneamente, que este comportamiento puede aplicarse a todos los homosexuales. Esta falsa presunción ha motivado que se abandonara el sentido del afeminamiento en el síndrome homosexual. Es también obvio que esta orientación femenina a la que nos estamos refiriendo no puede ser originada por un componente biológico, dado que el comportamiento femenino es primordialmente aprendido y depende de la cultura en la cual se halla inmerso el individuo. La conducta del hombre sexual refleja simplemente, los rasgos descritos a la femineidad en una determinada cultura, no las consecuencias de un componente biológico.

Seguidamente expondremos, con algún detalle, la adopción de la actitud femenina en la niñez como medida de seguridad y el complejo problema de la formación de la personalidad básica en la cual florece la homosexualidad.

Adopción de actitudes femeninas en la niñez.

El caso del niño tímido que vive pegado a las faldas de su madre y al que quizás ésta viste y peina como a una niña, es un fenómeno familiar tan conocido como patético. En tales casos somos testigos del nacimiento de una neurosis, pero, en algunos casos estamos también asistiendo al espectáculo de una solución sexual «en estado naciente». Probablemente, en los primeros años de la vida del niño existe un momento decisivo en el cual se determina que el impulso sexual se orienta hacia la heterosexualidad o hacia la homosexualidad. Los factores favorables, entre los cuales el más importante es el amor a una figura masculina, pueden ser suficientes para que el niño aprenda a vivir masculinamente y libre de miedos. Sin embargo, si la identificación con una figura masculina no se produce, el niño se aparta gradualmente de las ocupaciones masculinas, substituyéndolas por intereses y actitudes femeninas. En cualquier caso éste es un proceso extraordinariamente complejo, y el abandono del auténtico yo por un yo falso, inconscientemente sentido como más seguro, es una transformación insidiosa y que tiene lugar al través de un

período prolongado de tiempo. Al igual que la neurosis en la que el individuo se halla sumergido, la orientación femenina tiene como principal propósito la evitación y alivio de la angustia. Esta evitación se consigue al precio de una detención en el desarrollo del verdadero yo, quien queda reprimido desde una temprana edad. Con el paso de los años, lo que en un momento dado fue una medida adoptada para evitar el miedo y la angustia, profundiza y arraiga hasta convertirse en una forma de vida difícilmente modificable.

Personalidad básica.

Merece la pena que, por unos momentos, nos detengamos en el estudio del tipo de personalidad en el que con más facilidad tiene lugar el crecimiento del impulso homosexual. Si empleamos una terminología psiquiátrica podemos referirnos a este tipo de personalidad como el tipo «pasivo-agresivo» o «pasivo-dependiente». En la terminología psicoanalítica podría ser clasificada como «oral-erótica». Karen Horney ha ofrecido una exposición muy exacta y detallada de este tipo de problema, al cual ella denomina «solución auto-destructiva». Los conceptos de Horney son demasiado complejos para que podamos hacer ahora una exposición detallada de ellos, pero sí comentaremos algunos principios de interés para nuestra hipótesis.

Indudablemente, el impulso homosexual no puede desarrollarse en una personalidad totalmente opuesta a él. Por tanto, es evidente que el hombre homosexual ha de poseer ciertas cualidades, angustias, inhibiciones, sensibilidades y, lo más importante, una serie de valores que son peculiarmente consistentes con una forma homosexual de vida. Al describir el tipo de neurosis en que se halla anclada la personalidad homosexual, debemos subrayar que tan neuróticos son homosexuales. En general, se trata de un sujeto que está buscando constantemente amor y aprobación; amor en un sentido muy amplio, así como al través de muy especiales caminos. Demanda amor y aprobación de todos aquellos con los que se relaciona, casi de la misma manera que cualquier hombre exige incondicional amor de la esposa que él ha elegido para llenar sus expectativas amorosas. Es extremadamente sensible ante todo lo que pueda suponer falta de interés hacia él, lo cual vivencia como rechazo. Si llega a ser consciente de hostilidad abierta, se siente angustiado e intenta la reconciliación por todos los medios.

Una característica de este tipo de individuo auto-destructivo es su búsqueda afanosa de una pareja ideal que ha de resolver todos sus problemas y satisfacer por completo sus necesidades de amor y aprobación. Con él, ya no habrá más soledad, no más responsabilidad por la propia conducta y determinaciones, ni más encarnizada lucha contra un mundo enemigo. En lugar de

ello, se sentirá protegido, amado, alentado y comprendido por todo y sobre todo, gracias a lo cual podrá adquirir un poderoso sentimiento de confianza en el propio valor. Lo realmente significativo, en términos de las relaciones homosexuales, es que la necesidad que experimenta el individuo auto-destructivo de unirse a otro representa, en realidad, un proceso de anulación. Su propio yo y el sentido de su identidad llegan a desaparecer por completo en la personalidad del otro, en una especie de éxtasis al través del cual muchos homosexuales experimentan cada nueva relación como una fuerza integradora que regenera y levanta sus energías bloqueadas.

Es característico de este tipo de personalidad la represión de todo lo que en ella pueda haber de agresivo, afirmativo y competitivo. Esto, sin embargo, es más aparente que real, ya que en sus relaciones con los demás puede ser extremadamente exigente e incluso agresivo, aunque siempre en forma indirecta. Puede, por ejemplo, atormentar a su pareja con reproches cuando cree que sus esperanzas se han visto frustradas, y a menudo se venga de su compañero al través de su depresión, quejas continuas o escenas de celos. Esto no impide, desde luego, que haya momentos en los que sus mecanismos de inhibición se ven superados y prorrumpe en manifestaciones de cólera y rabia, especialmente con aquellos con los que se siente relativamente seguro. Pero, en general, es decididamente cortés, generoso, lisonjero y agradecido por los favores recibidos. Por otra parte, a menudo se muestra extremadamente receloso acerca de los verdaderos motivos que se ocultan tras un comportamiento amistoso o favorable hacia él; suspicacia que descansa en el sentimiento de que no merece tales atenciones, presumiendo, por lo tanto, que quienes se conducen favorablemente deben albergar ocultas intenciones, especialmente si la actitud hacia él es de admiración o de afecto. Debido a todo ello, ya desde Freud se conoce la intrincada relación entre homosexualidad y rasgos paranoides.

Es necesario un laborioso trabajo analítico para aclarar el complejo sistema de defensas elaborado al través de la integración de las medidas adoptadas para solucionar los conflictos básicos. Sin embargo, la experiencia clínica muestra que la más frecuente medida utilizada para solucionar el conflicto entre dos distintas y compulsivas filosofías de la vida consiste en la supresión de una de ellas y la elevación de la otra, de manera que las cualidades de esta última alcancen el más alto lugar en la particular jerarquía de valores del individuo. El usual cuadro de valores así constituido en el homosexual parece corresponder a la solución auto-destructiva. Naturalmente, este rasgo compulsivo no se halla claramente y en forma reconocible en la conciencia, sino que ha sido reprimido fuera de ella. La homosexualidad es, en parte, una radical y adicional solución al conflicto básico. Si la solución auto-destructiva amenaza con penetrar en la conciencia, la solución homosexual se acrecienta y le cierra el paso.

Desde luego, un número variable de necesidades son satisfechas también mediante la transexualización. Como simple enumeración de ellas mencionaremos la liberación de posibles responsabilidades tales como paternidad, matrimonio, dependencia económica, etc; así mismo, liberación de múltiples formas de presión eterna y tensión interna. La homosexualidad permite escapar a un mundo de promiscuidad e irresponsabilidad, es decir, un mundo aparte en el cual el sistema de valores, deberes, dignidad e indignidad, etc., por el que se rige el resto de la humanidad no cuenta apenas para nada. Naturalmente, es superfluo decir que esta libertad es tan ilusoria como los placeres proporcionados por la inversión sexual, ya que, en resumidas cuentas, tan solo envejecimiento y sufrimientos aguardan a quienes han escogido la homosexualidad como solución a sus problemas internos. Cada relación homosexual, aun iniciada con la esperanza de hallar en ella la felicidad, camina a su destrucción desde el comienzo y, una vez ha llegado a su inevitable fin, la amargura y el resentimiento son su herencia fatal. Esta afirmación se ve irrefutablemente corroborada por los numerosos suicidios, violencias y crímenes protagonizados por los homosexuales. Suele decirse que no existe odio comparable al de una mujer burlada, pero podemos añadir que se ve superado, con creces, por el que experimenta el homosexual que se siente rechazado.

Así pues, resumiendo la teoría expuesta, podemos considerar la homosexualidad como el resultado de la adopción inconsciente de las actitudes y comportamiento culturalmente adscritos a la feminidad, como solución a un conflicto neurótico, incluyendo en tal comportamiento la expresión de los impulsos sexuales que demandan su satisfacción. Es comprensible, desde este punto de vista, que el hombre homosexual no pueda manifestar su sexualidad con una mujer, ya que una mujer es psicológicamente algo igual a sí mismo. Debe, por el contrario, hallar el ser opuesto a sí mismo, y éste ha de ser, necesariamente, un hombre. Es, por ello, que numerosos investigadores han puesto en evidencia que en muchas relaciones homosexuales se halla un componente heterosexual. Creemos que este componente es esencial, y puede manifestarse en algún nivel de mayor o menor profundidad, mediante un adecuado análisis.

Masturbación y homosexualidad.

Dentro de la génesis de la homosexualidad juega la masturbación un importante papel, cuyos rasgos fundamentales intentaremos analizar.

Indudablemente la masturbación es, por su temprana edad de inicio, la primera experiencia orgásmica consciente y voluntariamente buscada, y constituye durante un largo período de tiempo la única forma de satisfacción de

las pulsiones sexuales. No es de extrañar, por tanto, que intervenga en forma importante en la configuración personal del individuo. Esta experiencia genital se realiza en el propio cuerpo, es decir, en un cuerpo masculino, pudiendo por ello afirmarse que se trata de un esbozo de experiencia homosexual. La repetición del acto masturbatorio da lugar a un conocimiento cada vez más profundo y familiar del propio cuerpo como objeto sexual. Todo lo que de cicio de la adolescencia, queda eliminado ante la seguridad y confianza que desmisterioso y perturbador haya podido tener la experiencia sexual en el iniciada el propio cuerpo.

Al mismo tiempo, el hábito de la masturbación produce una introversión del estímulo sexual. En la sexualidad madura, el estímulo que despierta y pone en marcha el impulso lo constituye un individuo del sexo opuesto, cuyos atributos físicos y psíquicos tienen una propiedad particularmente excitante. El masturbador, por el contrario, acude a la masturbación llevado de determinadas sensaciones corporales, localizadas en genitales unas y generalizadas otras, que se reproducen periódicamente una vez ha transcurrido cierto tiempo, variable en cada caso, desde la última eyaculación. Así pues, la masturbación va independizando, cada vez más, a la actividad genital del estímulo que representa el sexo contrario, puesto que el excitante que impulsa a recurrir a ella parte esencialmente del propio cuerpo, es decir, de un cuerpo masculino. A partir de la actividad masturbadora inveterada el cuerpo femenino se hace extraño y ajeno a la propia sexualidad. Muchos masturbadores relatan que al intentar sostener relaciones sexuales con una mujer han notado una total falta de atracción hacia el cuerpo femenino —muy distinto al que se les representa durante las fantasías masturbatorias— que da lugar a una impotencia o, a la imposibilidad de obtener el orgasmo o en los casos en que éste se obtiene, a la producción de un orgasmo muy insatisfactorio en relación con el obtenido mediante la autoerastía.

Mientras el cuerpo femenino aparece como algo inhóspito y desconocido, el cuerpo masculino produce una impresión de confianza y familiaridad, y adopta el papel de objeto dador de placer. En el proceso masturbador existe, pues, una actividad genital en espejo, puesto que es uno mismo el que da placer y el que lo recibe, el que acaricia y el que es acariciado. Precisamente en esta actividad en espejo es donde hallamos el paso de transición de la masturbación a las prácticas homosexuales. No es casualidad que, especialmente en su fase inicial, las actividades homosexuales consisten primordialmente en mas-

turbación mútua. La mayor parte de los homosexuales se limitan, en las relaciones con su pareja, a la masturbación simultánea o consecutiva, siendo el coito anal practicado en un número muy reducido de casos y, generalmente, en una fase tardía, excepto en aquellos casos en los que es aceptado a instancias de una pareja de mayor edad y experiencia en esta clase de maniobras.

Al través de la masturbación, el individuo comienza a quedar fijado en el propio sexo, estableciéndose un desdoblamiento funcional de la personalidad mediante el proceso de dar y recibir. Si en los primeros tanteos realizados hacia la búsqueda de la pareja sexual se produce un encuentro con esta imagen en espejo —representada por un individuo del mismo sexo— que durante tanto tiempo ha constituido el polo resonador de la actividad genital, existe un número de posibilidades muy elevado de que este encuentro se revele como seguro, placentero y confiable, en oposición al sentimiento de misterio y angustiosa expectativa que produce el cuerpo femenino, con lo que el individuo se siente llamado a instalarse en el propio sexo. En relación con este hecho, es sobradamente conocido por psiquiatras y médicos legistas la facilidad con que algunos adolescentes, que hasta aquel momento o habían presentado tendencias homosexuales, se dejan seducir por homosexuales de mayor edad cuando tal seducción implica solamente maniobras de tipo masturbatorio. Esta facilidad, que se suele interpretar como producto de una homosexualidad ya establecida aunque inconsciente, es motivada por el hecho de que el seductor no hace más que adoptar el papel, ya preparado de antemano en las fantasías masturbatorias, de imagen en espejo productora del placer sexual, liberando, además, al adolescente del esfuerzo que supone el desdoblamiento activo y pasivo de la propia personalidad.